

Pulsiones y (de)construcciones de Marx: una aproximación a su pensamiento

Pulsions and (de)constructions of Marx: an approximation to his thought

*Giovanny Manuel Manosalvas Cornejo*¹
gmmanosalvas@uce.edu.ec

Recibido: 2017-08-07
Aprobado: 2017-12-10

Resumen

Este trabajo constituye una aproximación al pensamiento de Marx recogiendo algunos de sus aportes más importantes en su intento por caracterizar el funcionamiento del capitalismo y desentrañar sus lógicas y contradicciones internas. Por otro lado, se pretende poner de manifiesto la potencia de su estructura de análisis en el tratamiento teórico y metodológico de la realidad (económica). Se tratan: i) ideas preparatorias, ii) problematización y complejidades del pensamiento de Marx, iii) el modelo teórico de Marx y la realidad, iv) el capital su racionalidad, itinerancias y contradicciones, v) un orden (des)armónico: la crisis, vi) una cuestión de fondo, vii) la deconstrucción del orden democrático, y viii) reflexiones finales. El aporte del artículo yace en la medida en la que, mediante algunas intermediaciones empíricas, se pone a debate la validez de las ideas de Marx como herramientas de interpretación (económica) contemporánea con el fin de crear y recrear una lectura crítica del actual capitalismo.

Palabras clave: marxismo, economía política, alienación, contradicciones, capitalismo, democracia

Abstract

This work constitutes an approximation to Marx's thought, picking up some of its most important contributions in its attempt to characterize the functioning of capitalism and unravel its internal logics and contradictions. On the other hand, it is intended to highlight the power of its analysis structure in the theoretical and methodological treatment of (economic) reality. They deal with: i) preparatory ideas, ii) problematization and complexities of Marx's thought, iii) Marx's theoretical model and reality, iv) capital, its rationality, itinerancies and contradictions, v) a (de) harmonic order: the crisis, vi) a substantive issue, vii) the deconstruction of the democratic order, and viii) final reflections. This article's contribution lies in the extent to which, through some empirical mediations, the validity of Marx's ideas as contemporary (economic) interpretation tools is put to debate in order to create and recreate a critical reading of current capitalism.

Keywords: Marxism, political economy, alienation, contradictions, capitalism, democracy

¹ Docente investigador de la Universidad Central del Ecuador en el Instituto Superior de Investigación y Posgrado de la Facultad de Ciencias Económicas. Cuenta con estudios en Economía, Finanzas, Administración de Empresas (MBA) y Educación Superior.

Algunas ideas preparatorias

La Escuela de la Sospecha, cuyo espacio está nutrido por tres vertientes de pensadores de finales del siglo XIX y principios del siglo XX: Marx, Nietzsche y Freud, plantea que las cosas que creemos (o descreemos), hacemos (o deshacemos) y conocemos (o desconocemos) son, en definitiva, impropias; no son más que, en el terreno de lo económico, del lenguaje o del inconsciente, creaciones alienadas (Ricoeur, 1965). En otras palabras que, por ejemplo, el inconsciente muestra que aquello que suponemos que son las motivaciones de nuestras acciones, en realidad, no lo son o son desconocidas (Freud) o que el lenguaje se encuentra supeditado por nuestras voluntades cuando, en realidad, más que hablar a través del lenguaje es éste el que se expresa a través de nosotros² (Nietzsche) o que la expresión de nuestras relaciones sociales (económicas), el modo (enajenado) mediante el cual creemos, pensamos, sentimos y actuamos no constituye una forma consciente de percibir la realidad sino es, por el contrario, una imposición del juego de intereses de las clases dominantes (Marx). Al final estos tres pensadores, con sus propias incursiones, desde sus distintos ámbitos, concretan un objetivo: *deconstruir* la “realidad” contada.

La Escuela de la Sospecha, por tanto, intenta desnaturalizar las explicaciones de las cotidianidades y poner de manifiesto el carácter epistemológico de las discusiones de la realidad, impugnando para este fin el orden (establecido) de las cosas y las consecuentes alternativa para (re)pensar nuevas “explicaciones” y caminos. Estos tres pensadores gravitan en torno a una misma idea: *la sospecha* y, por derivación de ésta, la deconstrucción del orden unívoco. Estas propuestas suponen la posibilidad de plantearnos otras formas y modos de construcción del conocimiento y asimilación de nuevos relatos y “realidades”.

No obstante, lo que resulta aún más esclarecedor no pasa necesariamente por la demolición (otra vez unívoca) de los relatos económicos (políticos), éticos o entramados de la conciencia, en cuyo caso estaríamos cayendo (nuevamente) en el error fundacional: la negación de la sospecha en sí misma. Por supuesto, al final es inevitable la objeción de

estos relatos primigenios; sin embargo, el real aporte se centra en (otra) interpretación del sentido económico, ético y de la conciencia. En esta perspectiva: Marx impulsa la liberación (social) mediante el desenmascaramiento de la ideología burguesa, Nietzsche promueve la restauración del hombre a través de la superación de sus conflictos, resentimientos y la adquisición de nuevos valores contrarios al *statu quo* tradicional-occidental y Freud apuesta por la recomposición de la conciencia con base en la aceptación del principio de la realidad.

Estos pensadores proponen un nuevo modo de considerar la interpretación de la realidad sobre la base de esclarecer la intencionalidad (oculta) del lenguaje pues, al final, éste no termina por expresar las cosas que realmente son, así como, simultáneamente, por otro lado, las cosas transmiten o “hablan” sin ser necesariamente lenguaje (Vignale, 2011).

En este mismo orden de ideas Foucault (citado en Gerbando, Manni, Meyer 2006: 81), al referirse a la Escuela de la Sospecha, señala:

Marx no se limita a interpretar la sociedad burguesa, sino a la interpretación burguesa de la sociedad; Freud no interpreta el sueño del paciente, sino el relato que el paciente hace de su sueño; y Nietzsche no interpreta a la moral de Occidente, sino al discurso que Occidente ha hecho de la moral.

Por ello, Foucault (citado en Vignale, 2011) sostiene que estos tres pensadores no es que, en definitiva, dan un nuevo sentido a sus distintos objetos de estudio sino, alternativamente, “han cambiado la naturaleza de su signo” y así modificado la manera cómo el signo (o perspectiva) podría ser interpretado. Las *sospechas* de Marx, Nietzsche y Freud no van en la línea de rebatir apariencias (artificiales) de las cosas, sino expresan de qué modo estas “apariencias” conducen a la noción de realidad. La realidad es, al final de cuentas, nada más y nada menos que el resultado de nuestras particulares y colectivas interpretaciones.

En esta perspectiva y en el plano de lo económico, Marx y su pensamiento, que constituye el objeto central de nuestro trabajo, plantean indiscutiblemente potentes rupturas respecto del relato de la realidad económica y sus dinámicas subyacentes. Así, desde sus primigenios planteamientos deja sentado de manera explícita sus intenciones e intereses (científicos y políticos).

Por otro lado, si reflexionamos alrededor de la idea (generalizada) que señala que la humanidad, bajo el sistema de producción

² Una obra absolutamente recomendable, en este sentido, es la de Monedero J. C. (2009). *El gobierno de las palabras. Política para tiempos de confusión*.

capitalista, atendiendo a todos los avances científicos y tecnológicos alcanzados, (más o menos) transita históricamente hacia el mejoramiento (generalizado) de las condiciones materiales y espirituales del hombre y la sociedad en su conjunto; la Escuela de la Sospecha y de forma particular el pensamiento de Marx, proveen una matriz de análisis que apuntarían, quizás, en un sentido inverso, es decir “intuir” que el actual sistema de organización social, política y económica, llamado capitalismo, más bien concretaría lo contrario o, en otras palabras, retrocesos.

La *sospechosa* realidad, entonces, de civilidad y desarrollo de la humanidad parecería más bien mostrarse en medio de sus propias contradicciones que, cada vez y en mayor medida, en la esfera de “lo económico”, se expresan en términos de, a nuestro juicio, las distancias entre las reales posibilidades materiales de las que dispone la humanidad, con todo y su despliegue tecnológico, y, de la otra orilla, su materialización efectiva en términos de condiciones de vida del conjunto de la sociedad, incluso en las mismas orillas de las sociedades “desarrolladas”³. En este sentido Ortiz y Cummins (2012: 49-50) revelan:

Vivimos en un planeta donde, en su conjunto, el quintil más rico de la población disfruta de más del 70 % del ingreso total, en comparación con un exiguo 2 % para el quintil más pobre. (...) un mundo en el que más de ocho millones de niños pequeños mueren cada año (unos 22,000 al día), y la mayoría de sus muertes son prevenibles (...) El hambre, la malnutrición y la falta de agua potable segura contribuyen a al menos la mitad de la mortalidad infantil, y su incidencia está altamente concentrada en los quintiles más pobres.

En esta misma línea, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2016: 1) reconoce: “los progresos realizados en el ámbito del desarrollo humano han sido impresionantes en los últimos 25 años”; sin embargo, también, señala que “el desarrollo humano ha sido desigual y las carencias

humanas persisten. El progreso ha pasado por alto a grupos, comunidades y sociedades, y hay personas que se han quedado al margen” (Ibíd.: 2). En este análisis se corrobora el hecho (sintomático) de que el 1% de la población mundial posee el 46% de la riqueza.

Como complemento de lo anterior, pero en una perspectiva menos estática, surge la idea de que más que un avance recreado por la humanidad se evidencia, por el contrario, un retroceso social. En este sentido, Milanovic (1999: 82) sostiene: “la proporción entre el ingreso medio del 5% superior en el mundo y el 5% inferior aumentó de 78 [a 1] en 1988 a 114 [a 1] en 1993”.

En Latinoamérica, según Oxfam⁴ (2017), que analiza datos de pobreza multidimensional⁵, se destacan con menores índices: Chile (7%), Argentina (8%), Uruguay (9%) y Brasil (14%). Con mayores dificultades aparecen: Ecuador (31%), Colombia (35%), y Perú (37%). En el extremo se sitúan: Bolivia (58%), Guatemala (70%) y Honduras (71%). Según esta misma fuente el número de veces que el ingreso promedio anual de cada persona de un *hogar multimillonario* multiplica el ingreso promedio anual de cada persona de un *hogar tipo* situada en el quintil más bajo (pobre) es: Chile (401), Argentina (429), Uruguay (243) y Brasil (964). Así mismo este índice es para: Ecuador (625), Colombia (880), y Perú (795). En el extremo se encuentran: Bolivia (1978), Guatemala (1761) y Honduras (3919).

En el contexto particular de la economía ecuatoriana, cuyo panorama no difiere demasiado de los escenarios anteriores (latinoamericano y mundial), y de acuerdo con los datos proporcionados por Oxfam (2017) y el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC, 2017)⁶, un miembro *tipo*, que se ubica en el decil VI (ingreso medio bajo), que integra un hogar cuyos ingresos mensuales promedio ascienden a USD 700,00; debería trabajar el equivalente a 36 años y 6 meses para igualar,

3 Según datos de la OIT (2014), un 17,2% de la población europea en 2014 era pobre (por encima del 16,5% en 2005). En Estados Unidos, el índice de pobreza subió de 23,8 a 24,6 en el mismo período. En Alemania, un décimo de la población es considerada pobre “pese a tener trabajo”. Además, los desocupados en ese país se encuentran en una situación de mayor riesgo de caer en la pobreza, en comparación al promedio de otros países de la UE.

4 Fuente: Oxfam International (2017) - Calculadora de la desigualdad (herramienta virtual)

5 Considerada en términos de carencias en salud, educación y otros estándares de calidad de vida.

6 Para efectos de cálculo, los datos de los ingresos fueron extraídos del INEC incluidos en el reporte del Índice de Precios al Consumidor a enero de 2017, donde se establece que un hogar tipo, que se encuentra integrado por cuatro miembros, percibe un ingreso (total) mensual de Usd 700,00 (incluidos dos sobresueldos). El número de perceptores (por hogar) es 1,60. El salario mensual por miembro tipo asciende a USD 375,00 (remuneración más USD 62,50 (dos sobresueldos).

por ejemplo, ingreso mensual promedio de un multimillonario (ecuatoriano). En el decil I (ingreso bajo) esta equivalencia se incrementa a 159 años y 2 meses y en los deciles VIII (ingreso medio) y X (ingreso alto), estas equivalencias descienden a 21 años 9 meses y a 6 años 9 meses, respectivamente.

De la otra orilla, según esta fuente, para el mismo caso ecuatoriano, el tiempo que le tomaría a un multimillonario obtener los ingresos mensuales de un miembro *tipo* ubicado en el decil VI (ingreso medio bajo) sería 1 hora con 39 minutos, en el decil I (ingreso bajo) serían 23 minutos. En los deciles VIII (ingreso medio) y X (ingreso alto), estas equivalencias ascenderían a 2 horas 47 minutos para el primero y 8 horas 55 minutos para el segundo. Desde otro ángulo, según la misma fuente, en Ecuador hay 280 multimillonarios cuya fortuna representa 7,8 veces la inversión del Estado en educación que equivale al 32% del PIB.

Ante esta serie de datos (duros) quizás cabría preguntarse: ¿la humanidad camina en la dirección correcta? ¿resulta sensato admitir un modelo de organización social con tales injusticias? ¿qué tipo de carencias podrían apelarse para justificar este orden de las cosas?

A lo mejor, en medio de este panorama y de todos los esfuerzos para entender nuestras realidades, uno de los pensadores que posiblemente complejiza con prolijidad y luminosidad el problema del desarrollo humano, desde la perspectiva económica, sea precisamente Karl Marx. A continuación, a nuestro juicio, se exponen algunos de estos *porqués*.

Problematización y complejidades del pensamiento de Marx

Una de las principales aportaciones del planteamiento de Marx en el orden metodológico es que, por primera vez, pero sobre todo de manera integral y sostenida, el estudio de la economía, sus problemas y sus leyes, así como de la estructura social que de ellas se deriva (es decir, del ser humano productivo dentro de la sociedad) es abordado a la luz de un conflicto de clases⁷ o, para llamarlo de manera más contemporánea, una pugna

7 Evidentemente (ello) sin desconocer, por otro lado, los aportes de A. Smith y, sobre todo, D. Ricardo, así como también los trabajos de los denominados socialistas utópicos que, sin duda, resultan las bases precedentes de las reflexiones de Marx pero que, al final, si bien apuntan en este sentido no abordan al “conflicto de clases” con el grado de complejización y profundidad de este.

de intereses marcadamente contrapuestos, existente no en un mundo ideal, sino en un escenario plenamente terrenal-concreto, en donde una clase subordina a otra y se aprovecha de su trabajo. Según Marx, las relaciones entre los seres humanos, en determinada sociedad, se establecen sobre la base de las relaciones de producción; es decir, el modo de producción marca las pautas de las relaciones que se establecen en determinada forma social. Así, las relaciones sociales no dependen, atendiendo a las apariencias de los seres humanos, sino que responden, en última instancia, a leyes económicas.

Ello muestra, entonces, otras complejidades implícitas, por extensión, en el desarrollo histórico de la humanidad y re-plantea su tratamiento no tomando en cuenta las acciones de los hombres como tal, puesto que ellas mismas son producto de la base económica, sino como resultado de las relaciones de producción, del estado de desarrollo de las fuerzas productivas y de un determinado momento histórico. Con esto, además, Marx sostuvo que frente a los acontecimientos sociales no queda otra alternativa que la adopción de una postura decisiva y, a la vez, dicotómica: *i*) etiquetarlos como resultado “natural”, que no se pueden cambiar, que están establecidos de una vez y para siempre; o *ii*) concretar un posicionamiento intelectualmente crítico, revolucionario; nada está, por tanto, establecido eternamente, todo es susceptible de cambio. La primera razón trata de atribuir las causalidades de los problemas sociales a un orden establecido (metafísico) sin cuestionamientos; la segunda es, indiscutiblemente, revolucionaria (deconstructiva) y Marx lo fue, sino ¿cuál sería el lugar en su obra, por ejemplo, del mismo Manifiesto Comunista de 1848, escrito conjuntamente con Engels a la temprana edad de 30 años y que clarifica su intencionalidad política y sus permanentes preocupaciones?

Una segunda aportación de Marx, ya implícita en la primera, es el enfoque dialéctico. Lo que dota a Marx de ese elemento exponencialmente diferenciador es, precisamente, la ausencia de un interés (manifiesto) por la preservación de la economía capitalista o del sistema capitalista de producción como tal. Así frente a las posturas de los economistas clásicos que explicaban “desinteresadamente” la historia y la economía (Adam Smith, David Ricardo, Thomas Malthus, etc.) la preocupación motriz de Marx es la problematización del desarrollo humano y cómo éste se produce en espiral, lejos siempre de una artificiosa ausencia de interés por explicar las cosas. Dicho de otro modo, este pensador

plantea la deconstrucción del capitalismo. Con esta intención, Marx (1847) parte de la idea de que nada permanece inmóvil en el tiempo, todo es susceptible de ser cambiado; por consiguiente, todo debe tamizarse críticamente. En este sentido Marx (1845: 16) levanta una crítica (durísima) a sus antecesores sentenciando: “Los filósofos no han hecho más que interpretar, de diversos modos, el mundo pero de lo que se trata es de transformarlo”. Esta afirmación explicita el carácter itinerante de su obra que, al ser transpolada al terreno de lo económico, resulta esclarecedora: los economistas, hasta ese momento, han tratado de explicar las leyes económicas y justificar el orden burgués, cuando de lo que se trata es de transformarlo (políticamente).

Por tanto, una teoría revolucionaria, que pretenda explicar científicamente las leyes económicas en su causalidad, de acuerdo con Marx, sólo puede ser objetiva si examina el desarrollo histórico social a través de una lente dialéctica, en donde todo se transforma, evoluciona y revoluciona, poniendo de manifiesto el movimiento permanente de la sociedad como resultado de la lucha de clases y su constante contradicción, de manera más visible, sobre todo cuando las formas y los medios de producción se han desarrollado y cambian a tal punto que desbordan sus anteriores matrices. Al volverse éstas caducas, el nuevo orden social exige un cambio, busca los medios para esa transformación de modo tal que todo lo antiguo y anticuado deja paso a nuevas relaciones de producción e intercambio. Esto concreta, al final de cuentas, una sucesión de relaciones y modos de producción que constituye una nueva forma del relato de la historia (económica) de la humanidad. Al respecto cabe una pregunta un tanto más general ¿la historia de la humanidad, las civilizaciones, sus continuidades, decadencias, irrupciones, retrocesos y reinvencciones están contadas/relatadas a partir de disputas de clase o, de otro modo, surgen como relatos casi anecdóticos de sucesos desconectados o desestructurados o no totalizadores?

Una muestra de ello que expresa bien este “juego” de intereses de clase es, precisamente, la *coetaneidad* de las obras de Marx (específicamente *El Capital* en sus tres tomos) frente a los creadores de la llamada corriente neoclásica de pensamiento. Así, si recobramos el título completo de la obra cumbre de Marx, *El Capital: Crítica de la Economía Política – Tomo I* (1867), se hace evidente, por un lado, la intención explícita del autor para someter a debate sus ideas, aportaciones e impugnaciones

frente a otras escuelas/corrientes y pensadores de la economía (política). Sin embargo, Marx se limitó a discutir fundamentalmente con aquellos representantes de la economía clásica “seria”, con aquellos –según él– con auténticas pretensiones científicas. Sin embargo, por otro lado, respecto a los trabajos de economistas como Jevons (1871), Menger (1871) o Walras (1874), y pese a ser autores que publicaron sus principales obras⁸ coetáneamente a *El Capital*⁹, es decir entre 1867 y 1894, el debate que se hubiera podido esperar fue inexistente, y precisamente lo fue en razón de que, para Marx, estos intelectuales eran lo que definiría como representantes de la economía “vulgar” o “apologética” (Arrizabalo, 2014).

Es posible que la razón que esté detrás de esta *coetaneidad* pueda explicarse a partir de que la publicación de *El Capital – Tomo I* (y sus dos subsiguientes tomos) tenga aparejado la defensa de los intereses de la clase trabajadora y su, consecuente, impugnación a las estructuras sociales de producción (o lo que es “peor” la propulsión de la revolución de los trabajadores), por cuanto resultaría indispensable la creación de una contraofensiva mediante otros autores y aparatajes teóricos (neoclásicos) legitimadores del orden social dominante.

Cabe considerar, por otra parte, que siendo la Economía una Ciencia Social¹⁰ está sujeta a los vaivenes de su propia evolución y realidades históricas, por tanto, su devenir está estrechamente matizado por el contexto material sobre el cual se genera y la ideología de la cual se desprende. En este sentido, se pueden encontrar algunos elementos que justificarían el surgimiento del pensamiento económico neoclásico (marginalista) a finales del siglo XIX y que están en sincronía con una serie de factores (históricos) como las crisis suscitadas en este periodo –siendo, por ejemplo, la de 1873 especialmente virulenta en los Estados Unidos de Norteamérica–, la intensificación de la lucha de clases y, de forma contundente, el surgimiento de un movimiento obrero organizado cuya principal teoría y praxis estaba cimentada en las ideas de Marx (y, evidentemente, el marxismo en general). No parece plausible atribuir a la

8 Jevons, W. (1871). *La teoría de la economía política*; Menger, C. (1871). *Principios de economía política*; Walras, L. (1874). *Elementos de economía política pura*.

9 Marx, K. (1867). *El Capital. Crítica de la economía política, Libro I*; Marx, K. (1885). *El Capital. Crítica de la economía política, Libro II*; Marx, K. (1894). *El Capital. Crítica de la economía política, Libro III*.

10 Y a este respecto preferimos en dejar de lado el debate de ciencia o disciplina.

(simple) casualidad el hecho de que estos tres pensadores denominados neoclásicos (Jevons, Menger y Walras), aun en contextos y escuelas de pensamiento económico diferentes con sus posteriores desarrollos¹¹, llegasen a una serie de conclusiones coincidentes: el concepto de la utilidad marginal (decreciente), el rechazo de la intervención del Estado y, sobre todo, las teorías subjetivas del valor. Estas propuestas teóricas contrarias al pensamiento de Marx, al parecer, constituirían las “respuestas” políticas lógicas a una posible ruptura y surgimiento de un nuevo orden social como resultado de la impugnación a las clases dominantes (burguesía ascendente) y su condición hegemónica que (aún) mantiene su presencia¹². En otras palabras, todo apunta a que la articulación y emergencia de una teoría (alternativa) contraria a la de Marx concretaría, al final, una respuesta (lógica) de clase.

El modelo teórico de Marx y su correlato de la realidad

Marx al parecer proporciona, desde una perspectiva general, una base conceptual muy potente que permite validar nuestras propias explicaciones económicas y el consecuente desarrollo de la sociedad con sus diferentes matices y estadios, requisito sine qua non, que todo intento (científicamente comprometido con la verdad) por desentrañar la realidad debe incorporar. En otras palabras, encarar cualquier esfuerzo por explicar el mundo desde una perspectiva histórica concreta y acotada, tal y como lo hacía Marx, y no ideal como Hegel (1807) el mayor dialéctico pero idealista.

Para ello Marx construye una teoría de la evolución social del capitalismo que gravita en torno a una hipótesis de partida fundamental: la estructura y lógicas económicas tienen un papel protagónico y, en última instancia, logran explicar de manera racional y no mistificada el funcionamiento de la sociedad (Husson, 2014). Este entramado teórico se encuentra nutrido a partir de un conjunto de conceptos que, sin llegar a las turbulencias del

eclecticismo, concretan ideas tales como: modo de producción, fuerzas productivas y relaciones de producción, con la pretensión de revelar la naturaleza del capital en términos de relaciones sociales y no únicamente su materialidad (o la simple acumulación material). Esto permite recrear (teóricamente) nociones sobre el trabajo, la fuerza de trabajo, el tiempo de trabajo, el valor de uso, el valor de cambio, la plusvalía, el fetichismo de las mercancías, las crisis, las leyes del aumento de la composición orgánica de capital o la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, por mencionar algunos elementos; sin los cuales sería imposible la articulación de un relato consistente de la realidad económica mundial y local. Para ilustrar este complejo entramado teórico, Marx acude, inicialmente, a la explicación de las dinámicas de acumulación (de capital) y cómo éstas, a pesar del “aparente” caos e inconexión, se encuentran articuladas bajo una serie de leyes o lógicas de carácter general, dejando entrever ciertos patrones estructurales que las denominó “leyes generales de la acumulación capitalista” donde se pueden destacar tres ejes: *a)* La concentración y centralización del capital; *b)* El ejército industrial de reserva o la respuesta poblacional a las demandas del proceso de acumulación; y *c)* La ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia.

Pero, para enlazar estos elementos y establecer el carácter holístico de las ideas (generales) de Marx, ¿qué es, en definitiva, para este pensador su principal preocupación: el capitalismo? En principio es preciso señalar que cualquier definición que podamos aportar aquí, a este respecto, se encuentra restringida por ser incompleta, por cuanto su tratamiento pormenorizado y complejización demandan un espectro de mucha mayor profundidad que, por ahora, no constituye el principal objetivo de este trabajo. No obstante, y a fin de contar una visión panorámica que permita situar las preocupaciones/discusiones de Marx sobre la noción de capitalismo, podemos aproximarnos diciendo que constituye un sistema productivo que se asienta sobre la base (material) de la necesidad del capital por re-valorizarse, re-producirse (crecer) o rentabilizarse (aparentemente por “*sí mismo*”) poniendo de manifiesto su cualidad fundacional. No obstante, este incremento del valor sienta sus bases en la medida en la que el capitalista se va apropiando (con mayor o menor “legitimidad”) de un valor ajeno pero, necesariamente, surgido a partir del trabajo asalariado. Por lo tanto, la dinámica del capitalismo supone necesariamente un régimen de producción

- 11 Con el paso del tiempo, Jevons se convertirá en el precursor de la Escuela de Cambridge sistematizada por Marshall; Menger de la Escuela de Viena sistematizada por Böhm-Bawerk; y Walras en el precursor de la Escuela de Lausana sistematizada más adelante por Pareto.
- 12 Existiendo, no obstante, significativas matizaciones. Recordemos que, por ejemplo, el pensamiento keynesiano tendrá un despliegue fundamental a mediados del siglo XX, fenómeno íntimamente relacionado con la brutal crisis de los años treinta en EE.UU y la necesidad de que el Estado fuese la palanca del crecimiento económico.

donde el valor crece a partir de la apropiación o explotación del trabajo asalariado. Esta idea, al final de cuentas, contiene en sus mismas entrañas el carácter de vulneración y atropello de la clase trabajadora. Esto supone, para los trabajadores, un *arsenal teórico* suficientemente potente para la defensa de sus intereses de clase en contra de su explotación, entendiéndola como una determinación objetiva del propio sistema de producción.

Marx (1867: 69-71), incorporando (además) otros elementos teóricos¹³, no puede ser más claro al señalar:

Cuanto mayores sean la riqueza social [...], tanto mayor será [el] ejército industrial de reserva. [...] Pero cuanto mayor sea este ejército de reserva [...], tanto mayor serán [...] las capas obreras [...]. Cuanto mayores sean, finalmente, las capas de la clase obrera formadas por menesterosos enfermizos y el ejército industrial de reserva, tanto mayor será el pauperismo oficial. Esta es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista. [...] a medida que se acumula el capital tiene que empeora la situación del obrero, sea cual fuere –alta o baja– su remuneración.

Cabe, por tanto, reconocer el carácter ilegítimo del modo de producción cuyo elemento consustancial del capitalismo es, sin duda, la explotación de la clase trabajadora asalariada por parte de los capitalistas. No obstante, y lejos de descalificar esta (implacable) afirmación, el sentido *más afinado* de explotación trasciende esta idea primigenia. En este sentido Guerrero (2006: 9) apunta:

La invasiva ideología liberal ha conseguido que hasta los miembros de los sindicatos de clase utilicen el lenguaje de los economistas [...] y demás medios a disposición de la burguesía. Hablan de la explotación de los niños en Asia [...] pero ya no hablan de explotación en nuestro contexto social más avanzado. De hecho [...] ocurre todo lo contrario, mientras más desarrollada está la productividad del trabajo colectivo de una sociedad, mayor grado de explotación experimentan sus trabajadores.

Una forma (generalizada) de legitimización del capitalismo, que revela el carácter latente

(oculto) de la explotación, viene dada por el hecho de reconocer que bajo este modo de producción se han mejorado las condiciones de la clase trabajadora considerando, por ejemplo, que los salarios reales hayan experimentado, a lo largo del tiempo, alzas y mejoras sostenidas, abriendo el paso a la conformación de lo que se denomina la “clase media”. Esto es una realidad (parcial), sin embargo la explotación tiene que ver (más) con el salario relativo, es decir la proporción del excedente que va a remunerar a los trabajadores en relación con las rentas que van, en oposición, a remunerar al capital o, en palabras más simples, a la parte del “pastel” que va a parar a manos de los trabajadores que, en definitiva, son los verdaderos creadores del valor (en detrimento de la parte que va a parar a manos del capital o los capitalistas). Algunos de los trabajos que recogen esta idea, en términos de análisis empíricos, son de: Moseley (1991), Shaikh y Tonak (1994), Cámara (2003), Guerrero (1989, 2006), Mateo (2004, 2006), Maito (2013), entre otros.

Corroborando esta idea, Husson (2009: 7) afirma:

La característica principal del capitalismo mundializado desde el comienzo de la década de los años 80 es la bajada de la parte salarial¹⁴, esto es, la parte del PIB correspondiente a los asalariados. Tal tendencia equivale (...) a una elevación de la tasa de explotación.

Por otro lado, la idea que Marx sostiene sobre el funcionamiento del capitalismo pasa por la constatación de continuos desequilibrios y contradicciones, en oposición a la noción de un estado de cosas estáticas y armoniosas. Por lo tanto, y en respuesta a estas limitaciones, Marx establece (únicamente) tendencias y lógicas sistémicas, como: *i*) la transformación del dinero en capital; *ii*) la disociación entre productores y medios de producción como elemento consustancial del desarrollo de las relaciones capitalistas; y *iii*) el proceso de acumulación de capital como permanente vector de cause.

A partir de estas ideas primarias Marx, a diferencia de sus antecesores colegas clásicos cuyas posturas defienden la *armonicidad* del propio sistema, señaló contrariamente el carácter violento del capitalismo, así como el anarquismo destructivo del mercado. De esta manera,

13 Mismos que, por el momento y debido al espectro de este trabajo, dejamos (nada más) señalados debido a que nuestra intención no es profundizar en éstos sino, más bien, proporcionar una noción (más) general de las ideas de Marx.

14 A efectos de una constatación empírica de mayor calado, se recomienda la lectura del trabajo de Husson, M. (2009) *Capitalismo puro*.

en términos de las implicaciones sociales, se desprende el hecho de que el desarrollo del capitalismo conduce fundamentalmente al despilfarro de los recursos, a la exacerbación de sus propias contradicciones, negándose a sí mismo su condición de continuidad y estabilidad sistémica. En oposición, tiempo después, Weber (1934) defendería la idea de que este sistema conduce a la forma más afinada de organización o racionalización de la producción.

Sin embargo, Marx incluye en su teoría una de las tendencias centrales que caracteriza a la dinámica del capitalismo: el proceso de polarización del capital, consistente en la fractura, cada vez en mayor grado de, por un lado, una minúscula proporción de la población enriqueciéndose y, por el otro lado, grandes masas empobreciéndose. Esto a partir del aumento de las riquezas en manos de pocos, la centralización del capital, la concentración de la propiedad (privada) y la anulación (dialéctica) de la libre competencia que opera, precisamente, en dirección opuesta a sí misma gracias al apareamiento de, por ejemplo, los monopolios u oligopsonios.

De este modo, Marx intenta (re)descubrir un conjunto de contradicciones crecientes inherentes a las propias lógicas del sistema que no son más que expresiones de su carácter autodestructivo. De esta manera se revela el hecho de que las discontinuidades o surgimiento de las crisis no constituyen en sí “accidentes” sistémicos (de motivaciones exógenas), sino, por el contrario, forman parte consustancial de las mismas lógicas (contradictorias y autodestructivas) que operan en el propio sistema de producción capitalista.

El capital, su racionalidad, itinerancias y contradicciones

Un Marx sin una definición clara del capital (en términos de su materialidad, simbolismo y expresión social) resultaría imposible, por tanto el lugar que ocupa éste dentro de su obra es, sin duda, privilegiado, posiblemente pudiésemos calificarlo como una suerte de (gran) “eje articulador” de toda su obra. Un primer intento de definición, quizás con un carácter “coloquial” y que, además, no está librado de las implícitas limitaciones de una (muy) somera aproximación a este concepto, plantean Husson, Garí y Peralta (2014) sosteniendo que el capital, en principio, no es un acumulado material (de dinero o valores) sino una relación social que se asienta sobre la *impropiedad* (o propiedad) de los medios de producción, esta *inapropiación* (o apropiación privada) origina aquellos que,

nada más, al no tener nada (en términos de medios para producir) únicamente poseen su fuerza de trabajo “susceptible” de ser vendida. Del otro lado, los propietarios (privados) de los medios de producción, que compran la fuerza de trabajo, están al mismo tiempo sujetos descarnadamente a la competencia entre ellos. Esta disputa impone un ritmo (acelerado) de inversión para cada capitalista, so pena de perecer. Aquí se sitúa, por tanto, el génesis de esa carrera frenética en búsqueda de beneficios (privados). De esta manera, el “milagro” del capitalismo se hace posible (únicamente) a través de mercantilizarlo todo en su implacable necesidad para generar (y privar) beneficios.

En esta (vertiginosa) pretensión, a nuestro parecer, el sistema capitalista de producción e intercambio, no tanto por voluntad de unos “buenos o malos” capitalistas (como algunas veces se pretende posicionar) sino por su propia dinámica de sobrevivencia, ha convertido todo en una mercancía. Todo se compra y se vende, incluso los seres humanos. Se vende la fuerza de trabajo a cambio de un salario (siempre insuficiente, muchas veces miserable). Se vende la soberanía a cambio de préstamos y rescates. Se vende la vida y la muerte a través de las guerras y el armamento. Se vende la salud, la educación y los servicios básicos. Se venden las ideas y los sueños al estilo imperialista. Se venden y compran incluso las conciencias. Tal como lo sostuvo Marx, todo es susceptible de ser mercantilizado, esa es la esencia del capitalismo y a través de ella se establecen las relaciones y se define la vida (o, más bien, la muerte) de los seres humanos.

En esta misma perspectiva, Dunning (1860: 33) apunta definiendo al capital, en tanto su función social y su lógica y, por derivación de ello, al sistema de producción basado este así:

El capital aborrece la ausencia de beneficio o de un beneficio mínimo, al igual que la naturaleza tiene horror al vacío. Si el beneficio es conveniente, el capital se vuelve valiente: un 10% asegurado y se puede utilizar por todas partes; un 20% ¡se calienta!; un 50%, es de una temeridad loca; al 100% pisotea todas las leyes humanas; al 300% no hay delito que no se atreva a cometer, incluso arriesgándose a la horca.

Otra idea central de pensamiento de Marx, respecto de la dinámica de funcionamiento del capital, es la Ley del Descenso Tendencial de la Tasa de Ganancia que, sin duda, constituye uno de los vértices centrales en torno del cual van gravitar el resto de desarrollos teóricos, por cuanto concreta una serie de matrices y relaciones dinámicas y contradictorias que se

establecen al interior del sistema de producción capitalista. En ese sentido Manosalvas (2015: 78), al referirse a la lógica y función del capital, sobre la base de las ideas de Marx, sostiene:

Las tensiones de tecnificación causadas por un permanente estado de competencia configuran un escenario productivo donde la fracción del capital que se orienta a la compra de fuerza de trabajo tiende a perder su peso relativo frente a su contraparte (la fracción del capital sufragada en medios de producción o capital constante) como resultado de un proceso sostenido de mecanización del trabajo. Es así como a través de la lógica capitalista subyace una tendencia al incremento de la productividad del trabajo a la par de una disminución de la participación de los salarios en el proceso productivo, fruto del irrefutable avance tecnológico. Así, este efecto dinámico (contradictorio) configura la caída tendencial de la tasa de ganancia en virtud de que quien crea valor va siendo, sistemáticamente, sustituido por quien no lo crea sino lo transmite.

Esta sentencia devela una de las contradicciones fundacionales del capitalismo debido a que contraviene la lógica (primaria) de acumulación o valorización del valor, pues “el capital [...] se encuentra limitado históricamente no por la disponibilidad física de los factores de producción (tierra, trabajo y capital) sino [...] encuentra en las relaciones de creación de valor un obstáculo insalvable: la explotación del productor (de valor), el trabajador” (Manosalvas, 2015: 79).

Un orden (des)armónico: la crisis

Sin detrimento de los procesos sociales que han tenido lugar y de los errores en la interpretación de las ideas de Marx para el análisis de la historia de la humanidad y su, consecuente, puesta en *marcha* (praxis) en las diferentes coyunturas y matices, es posible afirmar que éstas hipótesis y su complejización derivada de ellas, se mantienen vigentes puesto que interpretan la realidad y su devenir histórico de manera objetiva y se constituyen, hasta hoy, en herramientas conceptuales metodológicas muy potentes¹⁵. Muestra de aquello y mirando desde el otro lado (es decir de todas las teorías económicas contrarias o no cercanas al marxismo) resulta llamativo, por

decir lo menos, el variopinto e inconexo tipo de explicaciones que se dan en torno a, por ejemplo, las causas de la última crisis económica originada en 2008. Se sostiene, por ejemplo, en el ámbito de la macroeconomía, que éstas se deben a fluctuaciones económicas como resultado de los *shocks exógenos* (un shock de demanda o un shock de oferta, es decir, cambios en políticas gubernamentales, políticas fiscales o monetarias) o, por otro lado, explicaciones de carácter (más) coyuntural (ánimos *egoístas* de tomadores de decisiones, deseos *inconmensurables* de acumulación de riqueza, *irresponsabilidad* de los operadores financieros, *corrupción* o debilidad de los sistemas de regulación y control estatal), por mencionar y unas pocas explicaciones. En este sentido cabe preguntarse ¿existirá realmente un arsenal teórico suficientemente potente que pueda explicar el origen, las causas, las consecuencias y la *evitabilidad* de las crisis económicas? Al parecer algunas ideas de Marx, al menos, nos arrojan ciertas luces.

A este respecto (Shaikh, 1990: 253) sostiene: “las diversas teorías económicas proporcionan explicaciones particulares y diferenciadas del funcionamiento del sistema económico capitalista. El tipo de enfoque (...) constituye (...) implícita o explícitamente, una respuesta a la cuestión de cómo y por qué ocurre su ruptura, es decir, la crisis económica”.

Si bien toda explicación sobre las crisis (por situarnos pensemos, por ejemplo, en la de 2008) demanda un arduo trabajo de interpretación y reconstrucción, y debido a que el objetivo de este trabajo no es presentar una teorización marxista de las crisis, nada más de manera telegráfica, a efectos de contar con un acercamiento más bien de carácter ilustrativo, sostendremos que Marx intentó explicar la forma de reproducción del capitalismo y, evidentemente, mediante este análisis mostrar las razones y las causas de sus discontinuidades o rupturas o, en otras palabras, sus crisis. Estas interrupciones (crisis) surgen de la propia esencia y contradicciones del capital, de las propias relaciones entre el capital general y del trabajo asalariado. La ruptura de los procesos de acumulación, según Marx, no son más que expresiones de un conjunto de contradicciones inherentes al sistema de producción capitalista.

Probablemente uno de los aportes más significativos, y que de partida impugna el pensamiento de los economistas de la época, gravita en torno a la explicación sobre las crisis, y que sitúa a la propuesta de Marx lejos de otros autores, surge precisamente de atribuirles a un carácter fundamentalmente endógeno al sistema capitalista. En otras palabras, éstas forman parte

¹⁵ Para profundizar en este sentido se recomienda la obra de Eagleton (2011).

de un “momento consustancial” dentro de la lógica de acumulación que encuentra su vector fundamental en tendencia hacia la caída de las rentabilidades. Esta afirmación, por si misma, deja entrever el carácter y las limitaciones objetivas del sistema de producción capitalista.

La explicación que Marx construye sobre los periodos de crisis¹⁶ (de forma integral) parte del efecto del cambio técnico asociado, simultáneamente, a una deficiente generación de plusvalía de forma sostenida, cuyas diversas manifestaciones en muchos casos se sitúan, más bien, como fuerzas/intentos contrarrestantes para evitar otras “crisis” del proceso de acumulación o crecimiento económico. Aquí, en principio, se manifiesta con absoluta nitidez cómo el pensamiento de Marx devela esa disociación entre los fenómenos visibles (superficiales) de la verdadera lógica subyacente o el sentido esencial de las cosas o fenómenos (económicos). Al final, nada es pues lo que “parece”.

Así, desde un enfoque micro, los periodos de crisis pueden mostrarse como formas distintas de: *i*) mercancías que no pueden ser realizadas (ventas) como si el problema estuviese en la esfera de la distribución, aludiendo sus causas a una cuestión de planificación empresarial o capacidad productiva (exceso de producción), o a una demanda insuficiente (subconsumo), o a una desproporción sectorial (peso excesivo de la construcción, fianzas, etc.); y/o *ii*) créditos que, en términos de normalidad, no pueden recobrase aludiendo las causas del problema de la crisis a aparentes excesos de préstamos de los bancos o sobreendeudamiento de los hogares o, por otro lado, estados irresponsables en sus políticas monetarias o especulación financiera (desregulación, agentes codiciosos, etc.). Así las crisis, en apariencia, se manifiestan en la esfera de la circulación de las mercancías (compra-venta de bienes, deudas, inflación, etc.) no obstante las causas se sitúan más bien en torno a la imposibilidad de producir valor. Paradójicamente, y esto es muy interesante a nuestro juicio, esa incapacidad para crear plusvalía se traduce en un exceso de mercancías producidas y créditos contraídos.

Por otro lado, desde una visión macro, los periodos de crisis pueden explicarse, además, a partir de ciertas causalidades exógenas como resultado de la enorme (inter)

dependencia de unos países/agentes con otros. Estas vulnerabilidades son producto de la inserción de las economías externas que pueden manifestarse (internamente) en las esferas: comercial (reducción de la demanda de bienes exportables), financiera (tipo de cambio o acciones de los bancos) o política. De cualquier forma, estas consecuencias son derivaciones del grado de inserción de las economías en el contexto global lo que, al final de cuentas, repercute en la capacidad (doméstica) de generar valor y, posteriormente, plusvalía.

A este intento por situar brevemente algunos elementos analíticos que alude Marx para explicar el *porqué* de las crisis se debe añadir un profundo análisis de contexto de las cuestiones sociales, (geo)políticas, e institucionales. Esto no supone, de ningún modo, una suerte de eclecticismo en el pensamiento de Marx (tal como se puede encontrar en otras explicaciones de la crisis), por el contrario se consolida un teoría sobre las crisis estableciéndose sus “formas tendenciales” que puede adoptar diversos modos/condiciones. De aquí se desprende el hecho de que éstas son resultado de una multicausalidad; no obstante, esto no quiere decir que se puedan agregar “hechos” y “contrastes” de forma indiferenciada, por el contrario Marx establece una estructura lógica cuyo ordenamiento pretende esclarecer las relaciones de causa y, de esta manera, concretar una explicación consistente y particular de las crisis sobre la base de las contradicciones sistémicas implícitas en el capitalismo.

Por otro lado, las crisis económicas, en el sentido regenerativo, dan lugar a procesos de reestructuración de las capacidades productivas (mayor progreso técnico, incremento del paro/desempleo, reducción de salarios, quiebras de empresas, etc.) y, consecuentemente, una reacomodación de la estructura social y política, de tal modo que al cabo de un tiempo se origina una (nueva) recuperación de beneficios (privados) y, a partir de ello, una nueva senda expansiva de crecimiento a ser interrumpida por un (próximo) periodo de crisis.

Con su teoría de la crisis Marx intenta entregar una explicación sobre el crecimiento económico y por qué éste no se mantiene como una trayectoria lineal (continua) sino que se ve interrumpido periódicamente, condición en la cual se constriñen los beneficios empresariales y se ralentiza o detiene (totalmente) el proceso de acumulación del capital. Al final de cuentas, por tanto, se plantea que el capitalismo deja de ser un sistema armónico, mostrando así su condición de discontinuidad, tensiones y rupturas permanentes.

¹⁶ Que, por cierto, de manera muy acotada por efectos del alcance de nuestro trabajo nada más procedemos a mencionarla brevemente.

Apuntalando esta idea de desarmonización del capitalismo Tome (2007: 5), pero al referirse a los vaivenes del trabajo que, según Marx constituye única fuente de creación del valor, apunta las condiciones de inestabilidad sistémica:

La acumulación de capital contiene dos tendencias contradictorias. Por una parte, la expansión de sus relaciones sociales capitalistas mediante el incremento de la fuerza de trabajo, fuente de ganancia para el capital. Constituye el lado expansivo y por ello *atrae* trabajadores. Por otra, el cambio técnico, que requiere la ampliación del plustrabajo y fundamenta la concentración y centralización del capital, modificando las condiciones materiales de la producción. Es el lado intensivo y se caracteriza por la *expulsión* de trabajadores. Estos movimientos inciden así de diferente forma sobre la demanda de trabajo.

En resumen, a través de estas ideas de Marx, cuya revisión en este trabajo ha sido casi telegráfica, y que de modo explícito impugnan esas supuestas matrices “armonizadoras” del orden social, consideramos se revela la necesidad de desentrañar -pero sobre todo desmitificar- las lógicas (reales) que operan en el actual sistema de producción; esto a través de un conjunto de herramientas (dialécticas) de análisis teórico-metodológicas que, al menos, brevemente hemos comentado y cuya pretensión, como objetivo último, según Marx, es la transformación del modo de producción y, por derivación de éste, sus lógicas subyacentes. Para ello, según nuestro análisis, se hace imprescindible en un segundo momento una propuesta (revolucionaria) basada en nuevas relaciones de producción y relaciones sociales de intercambio.

El problema: una cuestión de fondo (latente)

No hay que olvidar que Marx y, con posterioridad, sus continuadores vivieron y obraron en los países desarrollados perteneciendo, temporal y espacialmente, a una época determinada, con enormes limitaciones en términos de conocimiento y experiencia en relación a nuestra época. Esta imposibilidad intertemporal se potencia cuando se trata de explicar los fenómenos actuales en la sociedad capitalista súper-desarrollada con los “mismos” argumentos (clásicos) de Marx. Caeríamos de esta manera, en una contradicción circular: la negación del orden dialéctico. Sin embargo, hay

que recordar también que no hubo alguien tan crítico con su (propio) sistema de pensamiento que el mismo Marx, quien destacó la necesidad de luchar contra las tentaciones de convertir a su cuerpo teórico en un dogma. En la actualidad las condiciones de la humanidad difieren claramente de las que Marx vivió durante el desarrollo de su obra. Por lo tanto, se hace necesario recuperar el sentido de responsabilidad de los intelectuales y teóricos (marxistas) al fin de conservar (permanentemente) esta condición de vigilancia epistemológica evitando caer en la contradicción formal del inmovilismo contraria al carácter dialéctico del pensamiento de Marx.

Por otro lado, y según lo discurrido hasta aquí, al parecer, el problema de fondo es estructural. El capitalismo ha creado tales inequidades y tal situación de crisis económica y social que son evidentes sus manifestaciones, tanto a nivel global cuanto a nivel local. Siendo un problema estructural, su expresión más clara constituye el hecho de que mantiene un sistema de explotación del trabajo y mano de obra asalariada por parte de los capitalistas, propietarios de la tierra y los medios de producción industrial, los banqueros y especuladores, sometiendo a los “verdaderos” trabajadores, desposeídos, que no tienen más que su fuerza de trabajo. Consecuencia: unos pocos poseen la mayor parte de la riqueza producida y la mayoría vive en condiciones de asalariados con lo mínimo indispensable; muchos en condición de pobreza, desempleo y pobreza extrema, que significan privaciones, hambre y ausencia de posibilidades de una vida digna.

Este sistema de explotación del hombre por el hombre, tal como lo describió Marx, tiene múltiples manifestaciones adicionales. A nivel internacional, unas naciones (más desarrolladas) someten y explotan a otras (eufemísticamente denominadas en *vías* de desarrollo), que aportan sus recursos naturales y humanos para que las primeras “vivan bien”, incluso en la opulencia y con lujos. El bienestar de minúsculos estratos significa la pobreza y el atraso de grandes masas de población.

Muestra de ello, resulta al menos *preocupante* (por decirlo de alguna manera), de acuerdo con los datos de Oxfam (2017), que en la actualidad: *i)* el 1% más rico de la población mundial posea más riqueza que el resto del planeta; *ii)* Tan sólo 8 personas (8 hombres, por cierto) posean ya la misma riqueza que 3.600 millones de personas, la mitad más pobre de la humanidad; *iii)* 10 empresas en el mundo obtuvieran una facturación superior a los ingresos públicos de 180 países juntos; *iv)* Lo mismo que

10,000 trabajadores de las fábricas textiles de Bangladesh gane en un año el director general de cualquier empresa incluida en el índice bursátil FTSE 100; v) 100,000 millones de dólares pierdan los países en *vías de desarrollo* como consecuencia de la evasión y elusión fiscal de grandes empresas a través de paraísos fiscales; vi) En 1970, en el Reino Unido, 10% de los beneficios empresariales se distribuían entre los accionistas, mientras que en la actualidad éstos perciban el 70%; vii) 6 sean las falsas premisas de la economía que originan la desigualdad¹⁷; viii) Las mujeres ganen entre 31 y 75% menos que los hombres a causa de la brecha salarial y de otras desigualdades económicas; ix) 69 de las 100 mayores entidades del mundo sean empresas, no Estados; x) Durante los próximos 20 años, 500 personas legaren 2,1 billones de dólares a sus herederos, una suma que supera el PIB de la India, un país con una población de 1.300 millones de personas; xi) los ingresos del 10% más pobre de la población mundial aumenten menos de 3 dólares al año entre 1988 y 2011, mientras que los del 1% más rico se incrementen 182 veces más; xii) un nuevo estudio del economista Thomas Piketty¹⁸ (que, claramente difiere del pensamiento de Marx) revela que en Estados Unidos los ingresos del 50% más pobre de la población se hayan congelado en los últimos 30 años, mientras que los del 1% más rico hayan aumentado un 300% en el mismo periodo; y xiii) en Vietnam, el hombre más rico del país gane en un día más que la persona más pobre en diez años; por mencionar algunos datos empíricos relevantes.

En esta misma línea, el (mismo) informe de Oxfam (2017: 2) señala, en una de sus conclusiones:

Han pasado cuatro años desde que el Foro Económico Mundial [2013] alertase de la grave amenaza que supone el incremento de la desigualdad económica para la

17 1) El mercado nunca se equivoca y hay que minimizar el papel de los gobiernos; 2) las empresas tienen que maximizar sus beneficios y la rentabilidad de los accionistas a toda costa; 3) la riqueza individual extrema no es perjudicial sino síntoma de éxito, y la desigualdad no es relevante; 4) el crecimiento del PIB debe ser el principal objetivo de la elaboración de políticas; 5) nuestro modelo económico es neutral desde el punto de vista del género; 6) los recursos de nuestro planeta son ilimitados.

18 Véase: P. Cohen (6 de diciembre de 2016). A Bigger Economic Pie, but a Smaller Slice for Half of the U.S. *New York Times*. Recuperado de <http://www.nytimes.com/2016/12/06/business/economy/a-bigger-economic-pie-but-a-smaller-slice-for-half-of-the-us.html?smid=tw-nytimesbusiness&smtype=cur>

estabilidad social, y tres desde que el Banco Mundial decidiese combinar su objetivo de acabar con la pobreza extrema con la necesidad de promover una prosperidad compartida. Desde entonces, y a pesar de que los líderes mundiales se hayan comprometido con el objetivo de reducir la desigualdad, la brecha entre los más ricos y el resto de la población se ha ampliado. Es una situación insostenible.

Resulta pertinente, por tanto, a la luz de estos hechos preguntarnos: en un sentido amplio ¿por qué, a la par de los incuestionables avances científicos y tecnológicos (es decir, la ampliación de las posibilidades materiales), sin dejar de reconocer algunos logros evidentes; no ha permeado para el conjunto mayoritario de la sociedad un mejoramiento de las condiciones (materiales) de vida? ¿Puede, el sistema de organización social vigente (capitalismo), construir su legitimidad sobre la base de un mundo donde según la ONU (2017) 1 de cada 4 niños menores de 5 años no tiene una altura adecuada para su edad [como consecuencia de sus condiciones de pobreza y exclusión]? ¿será acaso que uno de los principios constitutivos del sistema capitalista sea, precisamente, la desigualdad? ¿existen, consecuentemente, experiencias históricas u otros modos de organización social, de producción que superen este tipo de paradojas?

En esta misma perspectiva, retrocediendo un poco atrás en el tiempo, partamos de un planteamiento (empírico) que, aparentemente, constituiría una apología de lo absurdo: según cifras de la ONU (2000) alrededor de 19.000 niños y niñas morían diariamente en el “Tercer Mundo” por efectos de políticas monetarias.

Estas víctimas constituyen una parte importante de los cerca de 11 millones de menores de cinco años que perecen cada año por estos y otros motivos previsibles en gran parte, según cálculo del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF). De éstos, según la Organización Mundial de la Salud (OMS) el 15% perecen por enfermedades que se pueden prevenir con simples vacunas, el 18% a causa de infecciones controlables de las vías respiratorias, 17% por enfermedades diarreicas, 20% por trastornos perinatales, 7% por paludismo y 23% por otras causas previsibles (Delgado, 2005).

Si bien estos datos/relatos “telegráficos” pueden parecer “inaceptables”, la sola impresión de que este hecho no debería suscitarse plantea, ya de entrada, una discusión de fondo, sin

embargo este hecho es perfectamente compatible (sino una derivación directa) con las dinámicas de los procesos de acumulación y centralización del capital (entiéndase más específicamente como políticas fondomonetarista y del Banco Mundial). Cabría preguntarnos: ¿qué buscan esas políticas monetarias? ¿asegurar cierta rentabilidad como fin último? ¿el valor supremo lo impone “eso” llamado capital antes que la (misma) vida? Todo apunta a que sí.

Al parecer, entonces cabría replantearse ¿es el capitalismo, al final de cuentas, un sistema de organización social (y político) cuya fuerza motriz constituye la satisfacción de las necesidades humanas o, de otro modo, resulta más bien una forma (social) de entronización y atención prioritaria a las necesidades de “eso” llamado capital? o, dicho de otra forma, ¿es el capitalismo una construcción social (material y simbólica) que produce una base material donde, primero, se atiende las necesidades humanas y, segundo, se satisface la necesidad de valorización del valor o al revés? En este sentido Echeverría (2011: 131) corrobora: “nada se produce, nada se consume, ningún valor de uso puede realizarse en la vida práctica de la sociedad capitalista, si no se encuentra en función de soporte o vehículo de la valorización del valor, de la acumulación del capital”.

El problema: la deconstrucción del orden democrático

Partamos desde la base conceptual del proceso de acumulación, el capitalismo articula los procesos de producción y distribución de las mercancías a través de la economía de mercado, hoy en su máximo despliegue. Al mismo tiempo el ordenamiento capitalista puede ser caracterizado en dos instancias: *i*) las relaciones entre capitalistas y trabajadores en el mercado de trabajo resultado del cual se produce un excedente, y más tarde, una plusvalía (privatizada); y *ii*) una pugna competitiva entre los distintos capitales para apropiarse, como ganancia individual, de esa plusvalía.

En otras palabras, el capitalismo basa su lógica de funcionamiento en torno a la mercantilización del trabajo como elemento sustantivo de las relaciones de producción, o sea en la relación capital-trabajo vivo resultado de la cual se produce un excedente, una plusvalía que va a ser apropiada como ganancia individual privada pero además supeditada al enfrentamiento de los distintos capitales entre sí.

En un mundo absurdo el capitalismo tendería, en un sentido primario, a mejorar las condiciones de vida de la fuerza de trabajo en respuesta a que de ella proviene la agregación

de valor en el proceso productivo, sin embargo no olvidemos que: *i*) por un lado, la apropiación de la plusvalía constituye el trabajo social no remunerado, por tanto un enfrentamiento entre la fuerza de trabajo y dueños de los medios de producción; y *ii*) la apropiación individual de esas fracciones de plusvalía se resuelve en el contexto de las relaciones de los capitales entre sí, es decir en el campo de la competencia, agudizando indirectamente la presión sobre los trabajadores bajo, además, los efectos de la sustitución por máquinas con el fin de lograr una mayor producción o elevar la productividad del trabajo¹⁹. Ambos efectos se contraponen ferozmente al interés de la fuerza de trabajo, es decir, al bienestar del trabajador.

Así aparece un elemento constitutivo, indispensable del capitalismo: la explotación de la fuerza de trabajo como soporte de la sobrevivencia de los capitales que, tal como se ha manifestado a lo largo de nuestro trabajo, involucra implícitamente un cuestionamiento permanente al orden democrático de las sociedades.

En palabras más cotidianas, la principal causante del atropello del sistema capitalista de producción, tal como lo planteó Marx, radica en el concepto “plusvalía”, es decir en el mecanismo a través del cual el propietario explotador se apropia del fruto del trabajo ajeno. El trabajador que vive en una condición de alienación, no puede hacer más que vender su fuerza de trabajo, mientras que el propietario (sea este artesanal, industrial, banquero, comerciante o cualquier otro) se apropia del fruto del trabajo de miles de asalariados, se enriquece y acumula más capital (más poder) y mantiene a las grandes masas, a la clase desposeída y trabajadora en condiciones precarias, dotándola de lo indispensable para su supervivencia, procreación y para que se mantengan entregándole su trabajo. Así se explica, por ejemplo, que Carlos Slim, que según Oxfam (2017) controla el 70% del total de los servicios de telefonía móvil y el 65% de las líneas fijas de México; pueda acumular, de acuerdo con Forbes (2017), un patrimonio de 68.6 billones de dólares que contrasta con los dos millones de veces menos que uno de sus muchos trabajadores promedio (de condiciones precarias) posee (patrimonialmente).

¹⁹ A propósito, resulta ilustrativo el titular noticioso “Trabajadores buscan equilibrio entre productividad y derechos” publicado por el Periódico “El Telégrafo” de Ecuador (10 de agosto de 2017) donde se pone de manifiesto que “productividad” y “derechos [de los trabajadores]” son excluyentes entre sí.

Frente a este escenario cabe mencionar, no una propuesta idílica de convivencia social sino un contundente principio democrático reconocido socialmente ¿qué duda cabe?, referido en el Artículo 25 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948), que dispone:

Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene, asimismo, derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, viudez, vejez u otros casos de pérdida de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad.

Inmediatamente surgen interrogantes de fondo: ¿es posible, al amparo de una economía capitalista, propender ciertos equilibrios democráticos mínimos como aquellos descritos en el Artículo 25? O ¿es razonable asumir la desigualdad social sin cuestionarla (aparentemente, no deseada pero “ineludible”) como parte constitutiva del mismo capitalismo?

En consecuencia, en base a estas reflexiones señaladas a lo largo de nuestro trabajo, se desprendería una hipótesis a ser considerada: el capitalismo (en términos generales), como forma de organización social y económica, constituye una flagrante desconstrucción de orden democrático.

A manera de cierre, unas pocas reflexiones

Bajo esta atmósfera, se hace imprescindible el “asumir” nuestra responsabilidad histórica materializando una postura contundente en búsqueda de mayor igualdad social como fin último de la economía. Desterrar ciertos planteamientos económicos inexistentes que, por el hecho de escucharlos repetidas veces asumimos como realidades o como la peor expresión de negarnos el derecho a pensar. En este sentido, aludiendo al problema del capitalismo, hoy se dice (por mencionar algo concreto) que “ciertas sociedades” han vivido por encima de sus posibilidades y que, en un contexto de crisis (con causantes concretos) las consecuencias son inevitables: ajustes, políticas de austeridad, déficits fiscales, deudas externas impagables, altas tasas de desempleo, pobreza, etc. Lo que no se menciona, o mejor se trata de ocultar, es que el modelo capitalista en sí mismo es el causante de la desigualdad estructural y, en su afán más pragmático, de la renovación

sistémica de periodos de crisis cada vez más profundos, con mayores impactos, pero, al mismo tiempo, naturalizados o asumidos como inevitables.

El primer paso, aunque ciertamente quimérico, por lo tanto, es la consolidación, de un ideario donde la sociedad en su conjunto se libere, en un marco de profundo respeto entre los seres humanos, convocando al (re)equilibrio sexual, intergeneracional y con la Naturaleza. En esta itinerancia resulta imprescindible: que la tierra y los medios de producción vuelvan a ser de todos y los avances de la técnica y la tecnología se pongan al servicio de “toda” o la mayor parte de la colectividad; que todos tengan un trabajo digno; que todos reciban educación y atención de la salud; que todos tengan para alimentarse, vestirse y acceder a la cultura; que vuelva a establecerse la solidaridad entre los seres humanos y las naciones; que ya no sean necesarias las armas y las guerras; y deje de existir la mercancía (banal) para dar paso a la producción de bienes que el ser humano necesite para su completo desenvolvimiento, los mismos que se produzcan y distribuyan conforme a un plan social que elimine el despilfarro, los lujos, el desperdicio, las crisis de sobreproducción, así como la depredación y daños a la Naturaleza, el agotamiento de recursos y la contaminación ambiental. Caben aquí, indiscutiblemente, varias interrogantes: ¿La humanidad cuenta con la base material suficiente para estos fines? ¿Es posible utilizar el enorme acervo tecnológico, sobre todo en términos de telecomunicaciones e informática, para cimentar las bases de una economía de mayor coordinación/planificación? Sin ir demasiado lejos, descolgándonos de los dilemas inverosímiles, quizás cabría, por ejemplo, preguntarnos: ¿las herramientas virtuales como *eBay* o *Amazon*, de las que disponemos hoy, acaso podrían coadyuvar a (otras) formas (más) coordinadas/planificadas de la producción?

Ahora bien ¿cómo se organizaría esta nueva sociedad, cuya emergencia surgiría de los hombros del antiguo capitalismo (para usar una expresión de Marx)? Esa respuesta no es posible plantearla de momento en todos sus detalles. La humanidad, consideramos, está en su búsqueda. Las experiencias prácticas (con aciertos y errores) de los pueblos soviético, cubano, chino y de otras naciones sirven de ejemplo, de fuente de análisis y meditación para ir definiendo el camino que se ha de seguir. En este sentido, el aporte de las Ciencias Sociales (en general), de la Economía Política, pero sobre todo de las *deconstrucciones* de Marx (en forma particular) parecen ser referentes obligatorios (mas no excluyentes).

Finalmente, consideramos, resulta imperativo *deconstruir* y *reconstruir* un nuevo estado de cosas sobre la base de un sistema productivo (social y económico) que, de forma impostergada, reconozca los enormes desequilibrios (estructurales) de la humanidad resultado del sistema de producción (capitalista) y dé paso a la recomposición de otros ordenes demandados por un nuevo sentido de humanidad. Esta transición podría iniciarse reconstituyendo, en el ideario social, por ejemplo, el enunciado primero (Artículo 1) de la Declaración Universal de Derechos Humanos (1948) donde “todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y

conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros” por, “todos los seres humanos nacen (más bien) vulnerables e indefensos en el seno de una madre y llegarán a ser libres e iguales en dignidad y derechos siempre que reciban una cantidad formidable de educación, atenciones, cuidados y afectos que les deberán ser proporcionados actual e intergeneracionalmente. Con esta pretensión la humanidad podría estar dotada de razón lo que permitiría (con)vivir fraternalmente consientes de habitar un planeta con límites físicos, que compartiría con el resto del mundo vivo, y que estaría obligada a conservar”. Al parecer algunas ideas sobre el capitalismo, hace algo más de siglo y medio, (ya) las planteó Marx.

Bibliografía

- Cámara, S. (2003). *Tendencias de la Rentabilidad y de la Acumulación de Capital en España: 1954-2001*. (Tesis doctoral) Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España
- Cohen, P. (2016). “A Bigger Economic Pie, but a Smaller Slice for Half of the U.S.”. *New York Times*, 6 de diciembre de 2016. Recuperado de <http://www.nytimes.com/2016/12/06/business/economy/a-bigger-economic-pie-but-a-smaller-slice-for-half-of-the-us.html?smid=tw-nytimesbusiness&smtype=cur>
- Delgado, D. (2005). “El holocausto silenciado”. *Rebelión*. Recuperado de <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=15042>
- Dunning, T. (1860). *Trades' unions and strikes: Their philosophy and intention*. London, United Kingdom: London, the autor.
- Eagleton, T. (2011). *Por qué Marx tenía razón*. Barcelona, España: Península
- Echeverría, B. (2011). *Crítica de la modernidad capitalista*. La Paz, Bolivia: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- Forbes (2017). “Carlos Slim Helu & family”. *Forbes review*. Recuperado de <https://www.forbes.com/profile/carlos-slim-helu/>
- Gerbando, A.; Manni, H. & Meyer, M. (2006). *Los alumnos, los docentes y los textos. Comprender y producir escritos en el aula*. Santa Fe, Argentina: Ediciones UNL. *Global de la Producción Capitalista*. Madrid, España: Akal, 2012.
- Guerrero, D. (1989). *Acumulación de Capital, Distribución de la Renta y Crisis de Rentabilidad en España (1954-1987)*. (Tesis doctoral) Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España
- (2006). *La explotación: trabajo y capital en España (1954-2001)*. Madrid, España: El Viejo Topo.
- Hegel, G. (1807). *Fenomenología del espíritu*. Madrid, España: Fondo de Cultura Económica, 2017.
- Husson, M. (2009). *Capitalismo puro*. Madrid, España: Maia.
- Husson, M.; Garí, M. & Peralta, N. (2014). *El capitalismo en 10 lecciones: breve curso ilustrado de economía heterodoxa*. Madrid, España: La oveja roja.
- INEC (2017). Índice de precios al consumidor. Enero 2017. Quito.
- Jevons, W. (1871). *La teoría de la economía política* [Traducción al español de la obra original “Theory of Political Economy” publicada en Londres]. Madrid, España: Ediciones Pirámide.
- Maito, E. (2013). La tasa de ganancia en Chile, 1986-2009. *Razón y Revolución*, (24), 43-63
- Mandel, E. (2005). *Escritos de Ernest Mandel: el lugar del marxismo en la historia y otros textos*. Madrid, España: La Catarata.
- Manosalvas, G. (2015). “Racionalidad del trabajo y capital desde la tasa de ganancia de Marx: una mirada (empírica) a las economías de Europa y Norteamérica”. *Revista Economía*, 67 (106), 77-108.
- Marx, K. (1845). *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*. Madrid, España: Grijalbo.

- (1848). *El Manifiesto del Partido Comunista*. Edición 2001. Madrid, España: Alhambra Longman.
- (1867). *El Capital. Crítica de la Economía Política. Libro I: El Proceso de Producción del Capital*. Edición 2012. Madrid, España: Akal.
- (1867). *El Capital. Crítica de la Economía Política. Libro II: El Proceso de Circulación del Capital*. Edición 2012. Madrid, España: Akal.
- (1867). *El Capital. Crítica de la Economía Política. Libro III: El Proceso Global de la Producción Capitalista*. Edición 2012. Madrid, España: Akal.
- Marx, K. & Engels, F. (1981). *Miseria de la filosofía: respuesta a la "Filosofía de la miseria" del señor Proudhon*. Edición 1987. Madrid, España: Siglo XXI.
- Mateo, J. (2004). Salarios y renta nacional: teoría y evidencia empírica para la economía venezolana. *Ensayos de Economía, Vol. 14* (25), 32-63
- (2006). *Crisis de rentabilidad, acumulación de capital y distribución de la renta en la economía de México*. Ponencia presentada en Encuentro de Latinoamericanistas Españoles. Santander, España
- (2006). Mecanización y distribución del ingreso en la crisis de rentabilidad de la economía mexicana. *Economía Gestión y Desarrollo* (5), 7-40
- (2007). *La tasa de ganancia en México, 1970-2003: análisis de la crisis de rentabilidad a partir de la composición del capital y la distribución del ingreso*. (Tesis doctoral). Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España.
- Menger, C. (1871). *Principios de economía política*. Barcelona, España: Ediciones Obis.
- Milanovic, B. (1999). Explaining the increase in inequality during transition. *Economics of transition*, 7(2), 299-341.
- Monedero, J. (2009). *El gobierno de las palabras. Política para tiempos de confusión*. Madrid, España: Fondo de Cultura Económica.
- Moseley, F. (1991). The falling rate of profit in the postwar United States economy. *Macmillan Academic and Professional*. Recuperado de <https://www.mtholyoke.edu/~fmoseley/working%20papers/PWCRISIS.pdf>
- OIT (2014). Informe sobre el trabajo en el mundo 2014. El desarrollo a través del empleo. Ginebra.
- ONU (1948). Declaración Universal de Derechos Humanos. Nueva York.
- ONU (2017). Objetivos de desarrollo sostenible. 17 objetivos para transformar nuestro mundo. Recuperado de <http://www.un.org/sustainabledevelopment/es/poverty/>
- Ortiz, I. & Cummins, M. (2012). *Desigualdad global: La distribución del ingreso en 141 países* (1104). Unicef.
- Oxfam (2017). "Una economía para el 99%. Es hora de construir una economía más humana y justa al servicio de las personas". *Oxfam international. El poder de las personas contra la pobreza*. Recuperado de https://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/file_attachments/bp-economy-for-99-percent-160117-es.pdf
- (2017). Calculadora de la desigualdad [Herramienta virtual de consulta]. Recuperado de <https://www.oxfam.org/es/iguales/calculadora-de-la-desigualdad> P.-J. Proudhon. México DF, México: Siglo XXI.
- PNUD (2016). Informe sobre Desarrollo Humano 2016. Nueva York.
- Ricoeur, P. (1999). *Freud: una interpretación de la cultura*. México DF, México: Siglo XXI.
- Shaikh, A. (1990). *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*. Bogotá, Colombia: Tercer mundo editores, 1991.
- Shaikh, A. & Tonak, E.A. (1994). *Measuring the Wealth of Nations: The Political Economy of National Accounts*. New York, United States of America: Cambridge Books
- Smith, A. (1776). *La Riqueza de las Naciones*. Madrid, España: Alianza, 1999.
- El Telégrafo (2017). "Trabajadores buscan equilibrio entre productividad y derechos". *El Telégrafo*, 10 agosto, 2017. Recuperado de <http://www.eltelgrafo.com.ec/noticias/economia/8/trabajadores-buscan-equilibrio-entre-productividad-y-derechos>
- Vignale, S. (2011). "Filósofos de la sospecha: Marx, Nietzsche y Freud". *Filosofía*. Recuperado de <http://filosofiauda.blogspot.com/2011/05/filosofos-de-la-sospecha-marx-nietzsche.html>
- Walras, L. (1874). *Elementos de economía política pura*. Madrid, España: Alianza.
- Weber, M. (1934). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid, España: Alianza, 2001.